

jos que les daba, escribían la memoria de los beneficios que recibían, para nunca jamás olvidarse dellos. Por donde concluye un sancto (a), que no había el hombre de respirar tantas veces, cuantas se había de acordar de Dios. Porque así como siempre es, así siempre había de estar dando gracias por el sér inmortal que dél recibió.

Es tan grande el vínculo desta obligacion, que hasta los mismos filósofos deste mundo dan voces á los hombres que no sean ingratos á Dios. Y así Epicteto, noble filósofo entre los estoicos, dice así: O hombre, no seas ingrato á aquella soberana potestad, sino por el sentido del ver y del oír, y mucho mas por la vida que te dió, y por las cosas con que ella se sustenta, por los frutos maduros, por el vino, y por el aceite, y por todo lo demas le da gracias; y mucho mas porque te dió razon para que supieses usar de todas esas cosas, y conocer el valor dellas. Pues si este agradecimiento nos pide un filósofo gentil por estos comunes beneficios, ¿qué será razon que sienta un cristiano que tanto mayor lumbre tiene de fe, y tanto mas recibió?

Mas por ventura dirás: Esos comunes beneficios mas parecen obras de naturaleza que beneficios de Dios. ¿Qué debo yo pues particularmente por la órden y disposicion de las cosas, que se van siempre por su curso? No es esta voz de cristiano, sino de gentil; ni aun de gentil, sino de bestia. Y porque mas claramente lo veas, mira cómo la reprehende este mesmo filósofo, diciendo así: Dirás por ventura que la naturaleza te hace estos beneficios. ¡Oh desconocido! ¿No entiendes cuando esto dices que mudas el nombre á Dios? ¿Qué otra cosa es la naturaleza sino Dios, que es principal naturaleza? Así que, hombre desagradecido, no te excusas con decir que esta deuda la debes á la naturaleza, y no á Dios; pues no hay naturaleza sin Dios. Si hubieses recibido prestado algo de Lucio Séneca, y dijese que quedabas obligado á Lucio, y no á Séneca, no por esto se mudaba el acreedor, sino solo el nombre dél.

§. II.

De otra razon por donde estamos obligados al servicio de nuestro Señor, por ser él nuestro Criador.

Mas no solo esta obligacion de justicia, sino tambien nuestra mesma necesidad y pobreza nos obliga á tener esta cuenta con nuestro Criador, si queremos despues de criados alcanzar nuestra mesma felicidad y perfeccion. Para lo cual es de saber que, generalmente hablando, todas las cosas que nascen, no nascen luego con toda su perfeccion. Algo tienen, y algo les falta que despues se haya de acabar; y el cumplimiento de lo que falta ha de dar el que comienza la obra: de manera que á la mesma causa pertenece dar el cumplimiento del sér, que dió principio dél. Y por esto todos los efectos generalmente se vuelven á sus causas, para recibir dellas su última perfeccion. Las plantas trabajan por buscar el sol y arraigarse todo quanto pueden en la tierra que las produjo: los peces no quieren salir fuera del agua que los engendró. El pollico que nasce, luego se pone debajo las alas de la gallina, y la sigue por do quiera que vaya; y lo mesmo hace el corderico, que luego se junta con los ijares de su madre, y entre mil madres que sean de una mesma color la reconoce, y siempre anda cosido con ella, como quien dice: Aquí me dieron lo que tengo, aquí me darán lo que me falta. Esto acaesce univer-

(a) Aug. in Soliloq. c. 28 et in Man. c. 29, et in Medit. c. 6.

salmente en las cosas naturales, y lo mesmo acaecería en las artificiales, si tuviesen algun sentido ó movimiento. Si un pintor acabando de pintar una imágen dejase por acabar los ojos, y aquella imágen sintiese lo que le falta, ¿qué haría? ¿adónde iría? No iría cierto á casas de reyes ni príncipes, porque esos (en quanto tales) no pueden satisfacer á su deseo, sino irse ía á la casa de su maestro, y suplicarle ía la acabase de perfeccionar. Pues, ó criatura racional, ¿qué otra causa es la tuya sino esta? No estás aun acabada de hacer. Mucho es lo que te falta para llegar al cumplimiento de tu perfeccion. Apenas está acabado el dibujo. Todo el lustre y hermosura de la obra queda por dar. Lo cual claramente muestra el apetito continuo de la mesma naturaleza, que como quien se siente necesitada, no reposa, sino siempre está piando y suspirando por mas. Quiso Dios tomarte por hambre, y que las mesmas necesidades te metiesen por sus puertas y te llevasen á él. Por eso no te quiso acabar dende el principio; por eso no te enriqueció dende luego: no por escaso, sino por amoroso: no porque fueses pobre, sino porque fueses humilde: no porque fueses necesitado, sino por tenerte siempre consigo. Pues si eres pobre, y ciego, y menesteroso, ¿por qué no te vas al padre que te crió, y al pintor que te comenzó, para que él acabe lo que te falta? Mira como lo hacia así el profeta David (b): Tus manos (dice él) me hicieron y me criaron: dame entendimiento para que aprenda tus mandamientos. Como si mas claramente dijera: Tus manos, Señor, hicieron todo lo que hay en mí; mas nó está aun acabada esta obra: los ojos de mi ánima, entre otras partes, quedan por acabar: no tengo lumbre para saber lo que me conviene: ¿pues á quién pediré lo que me falta, sino á quien me ha dado lo que tengo? Pues dame, Señor, esta lumbre; clarifica los ojos deste ciego dende su nacimiento (c), para que con ellos te conozca; y así acaba lo que comenzaste en mí.

Pues así como á este Señor pertenece dar su última perfeccion al entendimiento, así tambien le pertenece darla á la voluntad, y á todas las otras potencias del ánima, para que así quede acabada la obra por el mesmo que la comenzó. Este pues solo, harta sin defecto, engrandece sin estruendo, enriquece sin aparato, y da descanso cumplido sin la posesion de muchas cosas. Con él está la criatura pobre y contenta, rica y desnuda, sola y bienaventurada, desposeída de todas las cosas y señora de todas ellas. Por lo cual con mucha razon dijo el sabio (d): Hay un hombre que vive como rico, no teniendo nada; y hay otro que vive como pobre, teniendo muchas riquezas. Porque muy rico es el pobre que tiene á Dios, como lo era Sant Francisco; y muy pobre á quien falta Dios, aunque sea señor del mundo. Porque ¿qué le aprovechan al rico y poderoso todas sus riquezas, si con todo esto vive con mil maneras de cuidados y apetitos, que no puede cumplir con quanto tiene? Y ¿qué parte es la vestidura preciosa, y la mesa delicada, y el arca llena, para quitar la congoja que está en el ánima? En la cama blanda da el rico muchos vuelcos en la noche larga, los cuales no puede excusar su rica bolsa. Resulta pues de todo lo dicho, cuán obligados estamos todos al servicio de nuestro Señor, no solo por la deuda deste beneficio, sino tambien por lo que toca al cumplimiento de nuestra felicidad y remedio.

(b) Psal. 118. (c) Ioan. 9. (d) Prov. 15.

CAPITULO III.

Del tercero título por que estamos obligados á Dios, que es el beneficio de la conservacion y gobernacion.

No solo está obligado el hombre á Dios por el beneficio de la creacion, sino tambien por el de la conservacion; porque él es el que te hizo, y el que te conserva despues de hecho. De manera que tan colgado estás agora de la mano de Dios, y tan poca parte eres para vivir sin él, como lo fuiste para ser sin él. No es menor beneficio este que el pasado; sino que aquel se hizo una vez, mas este siempre, porque siempre te está criando, pues siempre está conservando lo que crió: y no es menester menor poder ni menor amor para lo uno que para lo otro. Pues si tanto le debes porque en un punto te crió; cuánto le deberás porque en tantos te conserva? No das un paso, que no te mueve él para eso: no abres ni cierras los ojos, que no ponga él ahí su mano. Porque si tú no crees que Dios mueve tus miembros cuando tú los mueves, no eres cristiano; y si crees que él te hace esa merced, y con todo eso le ofendes, no acertaré á decir lo que eres. Dime agora, si estuviese un hombre en una torre altísima, y tuviese fuera de las almenas otro hombre colgado de un pequeño cordel, ¿osaría por ventura este que así estuviese desmandarse en palabras contra aquel que lo sostiene? Pues si tú estás colgado como de un hilico de la voluntad sola de Dios, de tal manera que si él te soltase, en un punto te volverías en nada, ¿cómo tienes atrevimiento para provocar á ira los ojos desa tan alta Majestad que te sostiene aun en ese mesmo tiempo que le ofendes? Porque como dice Sant Dionisio: Es tan excelente la virtud del sumo bien, que aun cuando las criaturas le contradicen, de su intensa virtud reciben el sér y el poder con que le contradicen. Pues siendo esto así, ¿cómo osas con todos esos miembros y sentidos ofender al mesmo Señor que los conserva? ¡Oh rebeldía y ceguedad increíble! ¿Quién nunca vió tal conjuracion, que los miembros se levantan contra su cabeza, siendo cosa tan natural ponerse á morir por ella? Día vendrá que se deshaga este agravio, y que sean oídas á justicia las querellas de la honra divina (a). ¿Conjurastes contra Dios? Justo es que conjure toda la universidad del mundo contra vosotros, y arme Dios todas sus criaturas para vengar sus injurias, y peleee toda la redondez de la tierra contra los desconocidos; porque justo es que los que no quisieron abrir los ojos, convidados con tanta muchedumbre de beneficios, cuando tuvieron tiempo, los vengán á abrir con la muchedumbre de los azotes, cuando no tengan remedio.

¿Pues qué será juntar con esto toda esta mesa tan rica y tan abundosa del mundo, que crió este Señor para tu servicio? Todo quanto hay debajo del cielo, ó es para el hombre, ó para cosas de que se ha de servir el hombre. Porque si él no come el mosquito que vuela por el aire, cómo lo el pájaro de que él se mantiene; y si él no paca la yerba del campo, cómo el ganado de que él tiene necesidad. Tiende los ojos por todo ese mundo, y verás cuán anchos y espaciosos son los términos de tu hacienda, y cuán rica y abundosa tu heredad. Lo que anda sobre la tierra, y lo que nada en las aguas, y lo que vuela por el aire, y lo que resplandece en el cielo tuyo es (b). Ca todas esas cosas son beneficios de Dios, obras de su providencia, muestras de su hermosura,

(a) Sap. 5. (b) Psal. 8.

testimonios de su misericordia, centellas de su caridad, y predicadores de su largueza. Mira cuantos predicadores te invía Dios para que le conozcas. Todas cuantas cosas hay (dice Sant Augustin) en el cielo y en la tierra me dicen, Señor, que te ame, y no cesan de decirlo á todos, porque nadie se pueda excusar.

Si tuvieses oídos para entender las voces de las criaturas, sin duda verías como todas ellas á una te dicen que ames á Dios; porque todas ellas callando dicen que fueron criadas para tu servicio, porque tú amases y sirvieses por tí y por ellas al comun Señor. El cielo dice: yo te alumbro de día y de noche con mis estrellas, porque no andes á oscuras, y te invio diversas influencias para criar las cosas, porque no mueras de hambre. El aire dice: yo te doy aliento de vida y te refresco, y templo el calor de las entrañas, para que no te consuma, y tengo en mí muchas diferencias de aves, para que delecten tus ojos con su hermosura, y tus oídos con su canto, y tu paladar con su sabor. El agua dice: yo te sirvo con las lluvias tempranas y tardías á sus tiempos, y con los rios y fuentes, para que te refresquen, y te crio infinitas diferencias de peces para que comas; riego tus sembrados y arboledas con que te sustenten, y doite camino breve y compendioso por los mares, para que te puedas servir de todo el mundo, y juntar las riquezas agenas con las tuyas. Pues la tierra ¿qué dirá, que es la comun madre de todas las cosas, y como una general oficina de todas las causas naturales? Esa pues tambien con mucha razon dirá: yo como madre te traigo acuestas; yo te crio los mantenimientos, y te sustento con los frutos de mis entrañas; yo tengo tratos y comunicacion con todos los elementos y con todos los cielos, y de todos recibo influencias y beneficios para tu servicio; yo finalmente, como buena madre, ni en vida ni en muerte te desamparo; porque en vida te traigo acuestas y te sustento, y en la muerte te doy lugar de reposo, y te recibo en mi regazo. Finalmente todo el mundo á muy grandes voces te está diciendo: mira cuánto es lo que te amó mi Señor y Hacedor, que por tí crió á mí, y por él quiere que sirva á tí, porque tú sirvas y ames á aquel que crió á mí por tí, y á tí por sí.

Estas son, cristiano, las voces de todas las criaturas: mira que no puede ser mayor sordedad, que estar á tales voces sordo y á tales beneficios ingrato. Si recibes el beneficio, paga la deuda del agradecimiento, porque no pases por la pena del ingrato. Ca toda criatura, según dice un doctor (c), da estas tres voces al hombre: *Accipe, Redde, Cave. Hoc est: Accipe beneficium; Redde debitum; Cave (nisi reddideris) supplicium.* Que quiere decir: recibe, paga, y teme. Esto es: recibe el beneficio, paga la deuda del agradecimiento, y teme (si nó la pagares) el castigo.

Y para que mas aun te maravilles, mira como esta mesma teología llegó á alcanzar Epicteto, filósofo (de quien arriba hecimos mencion), el cual quiere que en todas las cosas criadas oyamos y veamos al Criador, diciendo así: cuando el cuervo da voces, y con ellas te da á entender alguna mudanza del aire, no es el cuervo el que te avisa, sino Dios. Y si por las voces y palabras humanas eres avisado de algo, ¿no es tambien Dios el que crió ese hombre, y le dió esa facultad para poderte avisar, para que supieses que aquel divino poder usa de unos y otros medios para lo que quiere? Porque cuando

(c) Richardus de S. Victore.

las cosas de que nos quiere avisar son grandes, estas in-
via él á decir por mas altos y nobles mensajeros. Y al
cabo añade, diciendo: finalmente, cuando acabares de
leer estos mis consejos, di entre tí mismo: estas cosas
no me las ha dicho Epicteto el filósofo, sino Dios; por-
que ¿de dónde tenia él facultad para decillas? pues no
es él, sino Dios el que me las dijo por él. Hasta aquí son
palabras de Epicteto. Pues ¿cuál cristiano no se afrenta-
rá de no llegar adónde un filósofo gentil llegó? Gran
vergüenza es por cierto que los ojos esclarecidos con
lumbre de fe, no vean lo que veian los que estaban asen-
tados en las tinieblas de la razon.

§. I.

Cólige de lo dicho, cuán indigna cosa sea no servir á nuestro Señor.

Pues siendo esto así, ¿qué linage de desconocimiento
es andar nadando entre tantos beneficios de Dios, y no
acordarse de quien los da? Dice Sant Pablo (a) que el
que hace buenas obras á su enemigo, le echa carbonos
de fuego sobre la cabeza, para encenderlo en su amor.
Pues si todas quantas criaturas hay en este mundo son
beneficios de Dios, ¿qué será todo este mundo, sino un
fuego de tanta leña, quantas criaturas hay en él? Pues
¿cuál es el corazon que andando en medio de un tan
grande fuego, no solamente no se quema, mas aun no
siente calor? ¿Cómo recibiendo á la continua tantos be-
neficios, no alzarás alguna vez los ojos al cielo á ver
quien es ese que te hace tanto bien? Dime, ¿si andando
tu camino, y asentándote al pié de una torre cansado y
muerto de hambre, estuviese uno desde lo alto prove-
yéndote benignamente de todo lo necesario, ¿cómo te
podrias contener, que no levantases alguna vez los ojos
á ver quien es ese que así te provee? Pues ¿qué otra cosa
hace Dios contigo dende lo alto, sino estar lloviendo
siempre beneficios sobre tí? Dame una sola cosa de quan-
tas hay en el mundo, que no venga por especial provi-
dencia del cielo. Pues ¿cómo no levantarás alguna vez
los ojos para conocer y amar á tan liberal y tan continuo
bienhechor? ¿Qué es esto, sino haber perdido ya los
hombres su mesma naturaleza, y héchese mas insensib-
les que bestias? Gran vergüenza es decir á quien somos
en esto semejantes; mas tambien es razon que oiga el
hombre su merecido. Somos semejantes en esto á los
animales brutos que están debajo la encina, los cuales
quando les está su dueño dende lo alto vareando la bel-
lota, ocupados ellos en comer y gruñir unos con otros
sobre la comida, no miran á quien se la da, ni saben qué
cosa es levantar los ojos para ver por cuya mano se les
hace este beneficio. ¡Oh bestial ingratitud de los hijos de
Adam, que teniendo demas de la razon la figura de vuestro
cuerpo derecha, y los mesmos ojos enderezados al
cielo, no quereis que los del ánima tiren tras ellos para
ver á quien os hace tanto bien!

Y aun plugüiese á Dios que no nos hiciesen ventaja las
bestias en esta parte. Porque es tan general la ley del
agradecimiento, y es Dios en tanta manera amigo dél,
que aun en las mesmas fieras imprimió esta tan noble
inclinacion, como parece por muchos ejemplos que ha-
llamos escriptos en esta materia. Porque ¿qué cosa mas
fiera que el leon? Pues deste escribe Apion, autor grie-
go, que porque un hombre que estaba escondido en una
cueva le sacó una espina que traia hincada en un pié, el
leon partia con él cada dia la carne que cazaba; y des-

(a) Rom. 12.

pues de muchos dias, siendo este hombre por sus male-
ficios echado á este mesmo leon en la plaza de Roma, el
leon se puso á mirarlo, y le reconoció, y se llegó á él
amorosamente, haciéndole los mesmos halagos que ha-
ce un perro á su señor quando viene de fuera. Y despues
desto se andaba tras él, sin hacer mal á nadie, por las ca-
lles de Roma. De otro leon tambien leemos que por el
mesmo beneficio que habia recebido de un hombre que
desembarcó en Africa, el leon le traia cada dia de la
carne que cazaba, con que él y sus compañeros se man-
tenian, hasta que se tornaron á embarcar. Y no es de
menor admiracion lo que se escribe de otro leon, que
estando peleando con una sierpe (la cual lo tenia muy
apretado y puesto en peligro de muerte), un caballero
que por aquel lugar andaba monteando, socorrió al leon,
matando la sierpe: por el cual beneficio el leon lo si-
guió siempre, y andando á caza le servia de lebrél; y
embarcándose una vez el caballero, dejando el leon en
tierra, él se echó á nado empos de su bienhechor, y sin
poder ser socorrido se ahogó. Pues ¿qué diré de la leal-
tad y agradecimiento de los caballos? Plinio (b) escri-
be de algunos, que despues de muertos sus señores sin-
fieron tanto sus muertes, que vinieron á derramar lá-
grimas por ellos; y de otros dice que se dejaron morir
de hambre por esta causa: y de otros, que tomaron ven-
ganza de los matadores de sus señores despeñándolos ó
despedazándolos á bocados. Pues ¿que diré del agrade-
cimiento de los perros, de quien el mesmo autor cuen-
ta cosas extrañas? De un perro escribe (c) que muerto
su señor por unos ladrones, despues de haber por él pe-
leado fuertemente contra ellos, se juntó con el cuerpo
muerto, guardándolo y ojeando las aves y las bestias
porque no lo comiesen. De otro escribe que viendo
muerto á Jason Lucio su señor, nunca mas quiso com-
er, y así se dejó morir de hambre. Y en su tiempo es-
cribe haber acaescido en Roma otra cosa mas memora-
ble: porque habiendo sido condenado un hombre á
muerte, un perro que tenia, ni en la cárcel se apartó ja-
mas dél, ni despues de muerte le desamparó, ántes se
estaba siempre á par dél dando tristes aullidos; y (lo
que mas es) arrojándole un pedazo de pan, lo tomó en
la boca, y lo llevó á la de su señor, y echado el cuerpo
en el Tibre, el perro se arrojó tras él, y se ponía debajo
dél para sustentarlo, porque no se fuese á fondo. ¿Qué
cosa mas admirable, ni de mayor agradecimiento que
esta? Pues si las bestias que no tienen razon, sino una
sola centella de instinto natural con que reconocen el
beneficio, así lo agradecen, y así lo sirven, y acompa-
ñan á sus bienhechores, el hombre que tiene tanta ma-
yor lumbre para conocer el bien que recibe, ¿cómo vi-
ve tan olvidado de quien tanto bien le hace? ¿Cómo se
deja vencer de las bestias en ley de humanidad, de leal-
tad y de agradecimiento? Especialmente siendo tanto
mas lo que el hombre recibe de Dios, que quanto pue-
den recibir las bestias de los hombres, y siendo tanto
mas excelente la persona que lo da, y el amor con que
lo da, y la intencion con que lo da, que no es por inte-
rese, sino por sola gracia y amor. Cosa es esta cierto de
grande admiracion, y que manifestamente declara haber
demonios que cieguen á nuestros entendimientos y en-
durezcan nuestras voluntades, y estraguen nuestras
memorias para no acordarse de tal bienhechor.

Y si tan grande mal es olvidarse de este Señor, ¿cuánto

(b) Lib. 8, c. 40. (c) Ibid.

mayor será ofenderle, y ofenderle con sus mesmos bene-
ficios? El primer grado de ingratitud, dice Séneca, que
es no responder al bienhechor con beneficios; el segun-
do olvidarlos de corazon; el tercero es hacer mal á quien
te hizo bien, y este parece el mayor. Pues ¿qué será ha-
cer mal y ofender al bienhechor con los mesmos bienes
que él te dió? No sé si ha habido hombre en el mundo
que haya hecho con otro hombre lo que los hombres ha-
cen con Dios. ¿Qué hombre habria (por inhumano que
fuese) que acabando de recibir de un príncipe grandes
mercedes, fuese luego á emplear todas aquellas mer-
cedes en hacer gente contra él? Y tú, malaventurado, con
esos mesmos bienes que Dios te dió, nunca cesas de ha-
cer guerra contra él. Pues ¿qué cosa mas abomina-
ble? (a) ¿Cuál sería la traicion de una mujer casada, si
las joyas que su marido le inviase para honrarla y pro-
vocarla mas á su amor, las diese ella á un adúltero para
ganarle la voluntad y tener mas segura su aficion? Si al-
guna cosa fea se pudiese en el mundo pintar, esta parece
que lo sería, y aquí la injuria no es mas que de hom-
bre á hombre, que es de un igual á otro igual. Pues
¿cuánto mayor mal es, quando esta mesma injuria se
hace contra Dios? Pues ¿qué otra cosa hacen los hom-
bres, quando las fuerzas, y la salud, y los bienes que Dios
les dió emplean en malas obras? Con las fuerzas se ha-
cen mas soberbios, con la hermosura mas vanos, con la
salud mas olvidados de Dios, con la hacienda mas podo-
rosos para tragarse los flacos y competir con los mayo-
res, y para regalar su carne, y comprar la castidad de
la inocente doncella, y hacer que ella venda como otro
Júdas (b) el precio de la sangre de Cristo, y ellos la com-
pren por dinero, como hicieron los judíos. Pues ¿qué di-
ré del abuso de todos los otros beneficios? De la mar se
sirven para sus gulas, de la hermosura de las criaturas
para sus lujurias, de los frutos y bienes de la tierra para
sus avaricias, de las habilidades y gracias naturales pa-
ra sus soberbias. Con las prosperidades se enloquecen,
con las adversidades desmayan. De la noche se sirven
para encubrir sus hurtos, y del dia para tender sus re-
des, como se escribe en Job (c). Finalmente todo lo que
Dios crió en este mundo para gloria suya, han ellos ofre-
cido á los antojos de su locura.

Pues ¿qué diré de sus aguas de olores, de sus perfu-
mes, de sus vestidos, de sus labrados, de sus potajes y
diferencias de guisados, de que están por nuestros pec-
cados, no solamente escriptos, sino tambien impresos
libros? Tanto ha crecido la desvergüenza y el regalo. De
todas estas cosas tan preciosas, por quien habian de dar
á Dios alabanzas, usan para cebo de sus lujurias; per-
vertiendo todas las criaturas de Dios, y haciendo ins-
trumentos de vanidad lo que habia de ser instrumento
de virtud. Finalmente, todas las cosas del mundo tienen
dedicadas para regalo de su carne, y ninguna para el
prójimo, por Dios tan encomendado. Para solo este son
pobres; para solo este se les acuerda que tienen deudas,
para todo lo demas ni deben ni les falta.

No aguardes pues, hermano, á que á la hora de la
muerte se te haga este cargo tan peligroso, que quanto es
mayor, tanto será mas estrecha la cuenta que se te pi-
diere. Linaje de juicio es dar mucho á quien lo agradece
poco; y señal de reprobacion es darlo á quien siempre usa
mal dello. Tengamos por último linaje de afrenta que
las bestias nos hagan ventaja en esta virtud; pues ellas

(a) Ezech. 16. (b) Matth. 26. (c) Job. 24.

son agradecidas á sus bienhechores, y nosotros no. Por-
que si los varones de Ninive (d) se levantaran en juicio,
y condenaran á los judíos porque no hicieron penitencia
con la predicacion de Cristo, miremos no nos condene
este mesmo Señor con ejemplo de las bestias; pues ellas
amaron á sus bienhechores, y nosotros no.

CAPITULO IV.

Del cuarto título por donde estamos obligados á la virtud, que es el beneficio inestimable de nuestra redempcion.

Vengamos al beneficio inestimable de nuestra re-
dempcion. Para hablar deste misterio, verdaderamen-
te yo me hallo tan indigno, tan corto, y tan atajado, que
ni sé por do comience, ni dónde acabe, ni qué deje, ni
qué tome para decir. Si no tuviera la torpeza del hom-
bre necesidad destes estímulos para bien vivir, mejor
fuera adorar en silencio la alteza deste misterio, que bor-
rallo con la rudeza de nuestra lengua. Cuentan de un fa-
moso pintor, que habiendo pintado en una tabla la
muerte de una doncella hija de un rey, y deubado en
torno della los deudos con rostros en gran manera tris-
tes, y á la madre mucho mas triste, quando vino á que-
rer deubar el rostro del padre, cubriólo de industria
con una sombra: para dar á entender que allí ya faltaba
el arte para exprimir cosa de tan gran dolor. Pues si todo
lo que sabemos no basta para explicar solo el beneficio
de la creacion, ¿qué elocuencia bastará para engrande-
cer el de la redempcion? Con una simple muestra de su
voluntad crió Dios todas las cosas del mundo, y que-
daronle las arcas llenas, y el brazo sano acabándolo de
criar; mas para haberlo de redimir, sudó treinta y tres
años y derramó toda su sangre, y no quedó en él miem-
bro ni sentido que no padeciese su dolor. Menoscabo pa-
rece de tan grandes misterios ser con lengua de carne
manifestados. Pues ¿qué haré? ¿Callaré, ó hablaré? Ni
debo callar, ni puedo hablar. ¿Cómo callaré tan grandes
misericordias? y cómo hablaré misterios tan inefables?
Callar es desagradecimiento, y hablar parece temeridad.
Por esto suplico yo agora, Dios mio, á vuestra infinita
piedad, que entretanto que yo estuviere apocando vues-
tra gloria con mi rudeza, por no saber mas, deseando en-
grandecella y declaralla, estén allá en el cielo glorifi-
cándose los que os saben alabar, y ellos compongan lo
que yo descompongo, y doren ellos lo que el hombre
desdora con su poco saber.

Despues de criado el hombre, y puesto por mano de
Dios en aquel lugar de deleites en tan grande dignidad
y gloria (e), estando tan obligado al servicio de su Cri-
ador quanto mas dél habia recebido, alzöse con todo, y
de donde habia de tomar mayores motivos para mas
amarle, de ahí los tomó para hacerle traicion. Por esta
causa fué lanzado del paraíso en el destierro deste mun-
do, y sobre esto condenado á las penas del infierno; para
que, pues habia sido compañero del demonio en la cul-
pa, tambien lo fuese en la sentencia. Dijo el profeta á
su criado Giezi, despues que tomó los dones de Na-
man leproso (f): ¿Tomaste la hacienda de Naaman? Pues
la lepra de Naaman se pegará á tí, y á todos tus descen-
dientes eternamente. Este fué el juicio de Dios contra
el hombre: que pues él quiso la riqueza de Lucifer, que
fué la culpa de su soberbia, tambien se le pegase la le-
pra de Lucifer, que fué la pena della. Pues cata aquí al
hombre comparado con el demonio, imitador de su cul-
pa y compañero de su pena.

(d) Math. 42. (e) Genes. 2 et 3. (f) 4. Reg. 5.